



Marrakia - Ilustración: Jon Arza

Juan González Andrés

## LA MUERTE DE TARTALO

*Altza, siglo XIX*

*12 de marzo de 1837*

Vasta e inmensa, la cueva brotaba del suelo ejerciendo en los dos hermanos una extraña atracción. El mayor de los dos, Manuel, vertía por el cuello de su casaca palabras tan bajas que ni él mismo podía oír.

«Tengo que entrar. Tengo que entrar».

«¿Te decides o qué, cobarde? Cualquiera diría que tienes miedo de Tartalo», ironizó Ignacio, esbozando una sonrisa que se asemejaba a un teclado de piano —una mula de tiro le había saltado los dientes de una coz cuando transportaban una decena de bayonetas.

«Voy a entrar. Voy a entrar».

A pesar de tener dos años más que Ignacio, Manuel estaba aterrado. No era para menos: por primera vez en su vida iba a entrar en "La cueva de Tartalo". Según los viejos del lugar, Tartalo era un genio maligno que, provisto de un solo ojo en la frente, llevaba a los jóvenes a su cueva para descuartizarlos, asarlos al fuego y comérselos.

Eran aquellas leyendas las que hacían entrechocar los incisivos de Manuel, un chico más asustadizo que su hermano menor. En cualquier caso, hacía ya unos cuantos años que las facciones de su rostro habían perdido la candidez de antaño. Como queriendo reafirmar su condición de hombre en

ciernes, Manuel se pasó la palma de su mano por la pelusilla que poblaba sus mejillas. Musitó un fugaz "Aitaren-eta-semearen-eta-espiritu-santuaren-ize-nean-amen" y penetró en la cueva para hacerse cada vez más invisible a los ojos del burlón Ignacio.

«¡Ya sabes! ¡Cuentas hasta cincuenta y luego sales. Si no, no hay apuesta!»

«Estoy dentro. Estoy dentro». No hubo avanzado más de diez metros cuando, al dejar tras de sí un minúsculo tragaluz, divisó la llama de una hoguera. «Tartalo está preparando la cena», pensó para sus adentros, deseando no morir transformado en vianda. «¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro...!».

Mientras comenzaba a contar en voz alta, se agachó para coger unas piedras del suelo. «Por si acaso».

Todavía sin acostumbrarse a la oscuridad, Manuel distinguió al fondo de la cueva el brillo de un ojo. Allí estaba Tartalo, agazapado en la penumbra, dispuesto a asar y engullir su tierna carne de dieciséis años de edad. Manuel intentó gritar, pero el aullido debió de extraviársele en algún lugar entre el vientre y la garganta, porque sólo pudo llevarse las manos a la boca.

Pero espoleado por un instinto desconocido hasta la fecha, Manuel convirtió en proyectiles las piedras que momentos antes había recogido del suelo. Al impactarle un segundo guijarro en la frente, Tartalo se desplomó cuan largo era.

«No has resistido ni la mitad de la apuesta. ¿Lo ves? He ganado. Pareces un liberal cobarde», se mofó Ignacio al verle salir de la cueva corriendo despavorido y lívido como un fantasma.

«Lo he matado. He matado a Tartalo. De una pedrada».

«Pero qué dices... Anda, vámonos a casa. Se hace tarde».

«Ignacio, de verdad, está muerto. Ha sido sin querer. Ven a comprobarlo. Se puede ver, hay un tragaluz y una hoguer...».

Con un gesto de reproche, Ignacio indicó a Manuel que se callara y tiró de él hasta adentrarse en la cueva. Por el momento, todo era correcto: el tragaluz, la hoguera... y Tartalo, tendido en el suelo. «¿Lo ves? Un solo ojo».

Al oír la explicación de su hermano, Ignacio no pudo evitar que un escalofrío le atravesara el espinazo de cabo a rabo. Pero tenía que ocultar que, a pesar de ser menor, era el más valiente de los dos, de modo que se dirigió a la hoguera y cogió un palo cuyo extremo ardía vivamente.

«Imagínate que no está muerto y que sólo le has dejado sin sentido». Dicho lo cual Ignacio acercó la estaca incandescente a la cara de Tartalo con intención de quemar el único ojo del monstruo. Aquella era —de nuevo según los viejos del lugar— la única manera de acabar con el genio maligno.

«¡No! ¡Espera!»., bramó Manuel.

Ambos hermanos se quedaron petrificados al comprobar que, a la luz de la improvisada antorcha, aquel a quien creían Tartalo tenía en realidad dos ojos, uno de ellos oculto bajo un parche. Ignacio retiró la tea al rojo. El hombre todavía respiraba.

«No es Tartalo. Es un soldado inglés», apuntó Manuel al ver con más claridad la casaca roja del hombre inconsciente. «Y está herido», añadió al ver que la mano izquierda del inglés era una masa informe de carne ensangrentada.

«No le toques, vámonos. Que agonice como el cerdo liberal que es».

«Cómo vamos a dejarlo aquí... Se le engangrenará. Igual la vieja Engraxi puede darnos algo para curarle. Quédate aquí que ahora mismo vuelvo», y Manuel echó a correr sin escuchar los reproches de su hermano.

Se decía que la vieja Engraxi tenía más años que arrugas; pero nadie había resistido tanto tiempo frente a ella como para contarlas todas. Se decía también que Engraxi había matado a su marido con unas hierbas venenosas; pero nadie había podido probarlo nunca. Se contaban muchas más cosas sobre la vieja Engraxi; pero quizá la única cierta es que era bruja.

A su casa acudían las gentes de la comarca que no encontraban remedio a alguna enfermedad —se cuenta incluso que Don Carlos de Borbón hizo escala en su casa para curarse unos horribles dolores de cabeza. Por eso la anciana no puso ninguna objeción a la petición de Manuel cuando éste solicitó su ayuda. La vieja buscó entre un sinfín de ungüentos amontonados en una mesa y finalmente le extendió un tarro de barro repleto hasta los bordes de una cataplasma maloliente.

«Toma, hijo. A pesar del hedor, es mano de santo», y cerró la puerta de su casa una vez que Manuel hubo salido.

«No sé por qué quieres curarle. ¿Qué ha hecho este inglés por nosotros? ¡Nada, aparte de perjudicarnos!».

Pero Manuel no escuchaba el sermón de Ignacio. Su atención se centraba en aquel hombre que seguramente era soldado en la Legión Inglesa, formada por tropas británicas que, comandadas por el General Lacy Evans, luchaban contra el Carlismo al lado de los cristinos liberales.

«¿Cómo te llamas?».

«...».

«No entiende nada», volvió a interrumpir Ignacio. «¿No ves que ha venido desde Inglaterra sólo para quemar casas y matar a nuestras familias? Este cerdo sólo sabe decir "Dios guarde a la Reina Isabel II" y "Viva María Cristina". Es lo único que le he entendido mientras deliraba».

«¿Cuál-es-tu-nombre?», repitió Manuel de forma más pausada.

«...».

«Es igual, ya está. Tartalo. Te llamaremos Tartalo», propuso Manuel.

«¿Tartalo? No creo que al verdadero Tartalo le hiciera mucha gracia tener un competidor, inglés para más señas».

Y acto seguido, Manuel aplicó el ungüento sobre las heridas del inglés, tanto en la mano como en el chichón que ya comenzaba a instalarse en medio de su frente. Cuando hubo terminado se quitó el pañuelo de cuadros que siempre llevaba atado al cuello y se lo enroscó alrededor de la mano lastimada.

Manuel e Ignacio se habían levantado al alba para visitar al inglés, llevarle ropa y algo de comida. Al acercarse a la entrada de la cueva, escucharon el sonido de una melodía tan repetitiva como hermosa. Con su parche en el ojo, Tartalo tocaba una flauta que él mismo había fabricado —al menos así lo atestiguaban un cuchillo y una montañita de virutas agolpada a sus pies.

«Qué vamos a hacer con él... Deberíamos entregarlo a los carlistas. Ellos sabrán qué hacer con él».

«Yo también sé lo que harán: matarlo».

«¿Entonces?».

«¿Estás escuchando esa música? Es preciosa. ¿No te recuerda a nada?».

Manuel entornó los ojos e inició un vertiginoso viaje a su infancia. «Es la melodía que Madre nos cantaba antes de dormir», añadió provocando el inmediato mutismo de Ignacio.

Ambos hermanos guardaron silencio ensimismados mientras duró la pieza interpretada por Tartalo. Cuando hubo finalizado, Manuel le quitó la flauta amistosamente y la sopló intentando sacarle alguna nota. Lo único que consiguió arrebatarle al instrumento fue un estridente sonido que hizo sonreír a Tartalo. Éste se colocó bien el parche y volvió a tomar la flauta para indicarles cómo había de tocarse.

Cuando quisieron darse cuenta la noche ya se les había echado encima. Ignacio estaba eufórico: había aprendido a tocar la flauta mientras que su hermano no era capaz de hacer sonar ni dos notas seguidas. Tartalo e Ignacio iban turnándose: el primero se esforzaba en interpretar una pieza distinta cada vez, en tanto que el segundo siempre tocaba la misma melodía repetitiva y hermosa.

Tartalo no habló ni una sola vez —«Igual es mudo», apuntó uno de los dos hermanos—, pero aquel detalle carecía de importancia. Su misterioso amigo les enseñó a proyectar sombras de animales sobre la pared de la cueva y escuchó las canciones populares que los chicos interpretaron para él. Antes

de despedirse hasta el día siguiente, las notas de la flauta se esparcieron invisibles hasta penetrar en el último recoveco de la gruta. Manuel les observaba entusiasmado y nostálgico: cada vez que Ignacio tocaba la única pieza que sabía, le parecía ver al fantasma de su madre acompañando con su dulce voz la música de la flauta.

A la mañana siguiente volvieron a la cueva.

«¡No está! Se ha marchado», se sorprendió Manuel. «Tiene que haber salido a buscar comida o... No se ha podido ir sin despedirse».

«Pues lo ha hecho. Se ha llevado las ropas y la comida. Tenía de sobra», dijo Ignacio decepcionado. «Anda, vámonos a casa. Hace frío y no hay nada que hacer aquí».

«Ve tú. Yo me quedo a esperarle. Sé que vendrá».

Al ver cómo Ignacio se alejaba de la cueva rumbo a casa, Manuel comenzó a pensar en el motivo de la ausencia de Tartalo. Podía haberse unido de nuevo a las fuerzas del General Evans, o haberse extraviado, o ahogado. Los carlistas podían haberlo descubierto y haberse desecho de él.

Desalentado por la infructuosa espera, Manuel se armó de resignación y abandonó la cueva con el crepúsculo. Pero antes de salir algo llamó su atención: sobre una piedra con forma de mesa descansaba la flauta de Tartalo. Sin duda la había dejado allí, a la vista, a modo de obsequio por sus atenciones.

«Llegas tarde otra vez, Manuel», dijo una voz henchida de alcohol.

«Padre está borracho. Cuidado con lo que dices», advirtió Ignacio a su hermano cuando éste entraba en casa. «¿Has estado con él?». Manuel negó con la cabeza y le dio la flauta a escondidas. Ignacio era quien sabía tocarla.

«No servís para nada. Ni como abono seríais útiles. Anda, venid aquí», dijo mientras los chicos se acercaban a él. «Mañana...», tomó un trago directamente de una botella de aguardiente caro. «Mañana demostraréis si servís para algo en esta vida: vamos a luchar contra los cristinos cuerpo a cuerpo. Ya no hay nada que perder, sólo la vida, y de qué vale la vida de un hombre viudo, sin cosechas ni animales... Es como una comida sin vino».

Ciertos oficiales carlistas habían invitado a beber a algunos vecinos a quienes los chapelgorris liberales, con ayuda de los ingleses, habían causado daños materiales y personales. Así, esperaban comprar su colaboración en la batalla que pensaban librar al día siguiente. Los chapelzuris —apodo de los carlistas— habían conseguido reclutar una partida con casi treinta hombres dispuestos a dar su vida por Don Carlos y unos cuantos vasos de aguardiente.

«Descansad tres o cuatro horas y estad dispuestos. A primera hora de la madrugada un batallón pasará a traernos armas».

Manuel vio de pasada a un hombre que se ahogaba en su propia sangre. La bala que le había atravesado la garganta no tardaría más de unos minutos en quitarle la vida. Mientras iniciaba la huida del escenario de la batalla, el chico tiró su bayoneta al suelo: no sabía usarla y no la habría utilizado aunque hubiera sabido cómo hacerlo. Había docenas de cadáveres esparcidos a lo largo del terreno y el ambiente se había contagiado de un nauseabundo olor a sangre y vísceras.

Con todo, Manuel parecía ajeno a la batalla y a sus peligros. Corría y corría. Sin siquiera mirar al suelo y saltando un cadáver tras otro, tropezó de pronto con la raíz de un manzano medio calcinado y cayó al suelo de bruces. Aturdido, alzó su cara embarrada y dio un respingo al ver el filo de una bayoneta a un palmo de su nariz manchada de hollín. La segunda cosa que vio fue su parche.

«¿Qué tal tu mano?».

Tartalo seguía apuntándole con el arma.

«Te fuiste sin avisar...».

Tartalo bajó la bayoneta y la apoyó en el manzano. Sonrió y se quitó de la mano el pañuelo de Manuel que le había servido de venda. Sorprendentemente, la herida había cicatrizado. Extendió a Manuel el pañuelo y le guiñó el ojo en señal de agradecimiento.

«¡Quieto, inglés! ¡Apártate del chico!», dijo de pronto una voz aguardentosa.

«Padre, es un amigo». Al volverse, Manuel pudo ver a un grupo de siete chapelzuris apuntándoles con otras tantas armas.

«Calla, Manuel», dijo su padre lanzándole una bayoneta. «Ahora dispárale. Sólo tienes que tirar del gatillo».

«Pero... N-no puedo. Es mi amigo. Ha podido matarme y no lo ha hecho».

«Pues no le demos la oportunidad de volver a elegir si acabar o no con uno de los nuestros. Vamos, Manuel, haz lo que te digo. Ayer fueron los manzanos y el ganado, pero mañana esos bastardos pueden acabar quemando nuestras casas, o a nosotros mismos».

«Yo lo haré, padre. Manuel es un cobarde. Siempre lo ha sido», terció Ignacio al sumarse de pronto a la partida. Su voz, tan fría como el filo de la bayoneta que portaba en sus manos, suscitó una sonrisa de satisfacción en la cara acartonada del padre.

«No, Ignacio. Tiene que hacerlo Manuel. Y si no lo mata él, lo matamos nosotros: lo torturaremos hasta que muera desangrado como un cerdo».

«Padre, no me pida matar a nadie. Sabe que no puedo hacerlo. Este hombre es nuestro amigo. Díselo tú, Ignacio», balbuceó Manuel.

Ante la mirada atenta de toda la partida, Ignacio no pronunció palabra. El silencio fue roto por el alarido que Tartalo lanzó cuando Ignacio le atravesó el costado con su bayoneta. Al ver cómo su amigo el inglés hincaba las rodillas en el suelo, Manuel sintió cómo el corazón le latía más rápido que nunca.

«Manuel, ¿cuándo piensas hacerte un hombre? Anda, alíviale el sufrimiento a esta rata». Arrodillado y con ojos de presa acorralada, el inglés miraba a los ocho hombres intentando retener la sangre que ya comenzaba a abandonar sus venas. «O lo matas tú, o lo hacemos nosotros».

Manuel se echó a temblar en señal de rechazo hacia la macabra oferta. El padre hizo un gesto para que toda la partida rodeara a Tartalo y excluyera del círculo a Manuel. Un hombre malencarado disparó al inglés en mitad de la pierna derecha y dijo: «Estas antiguallas se disparan con demasiada facilidad». «Vamos a trinchar a este hijo de perra. Haremos un buen estofado con él», espetó uno rubio que introdujo la bayoneta en el vientre de Tartalo. «Me parece que mi arma también va a dispararse», dijo otro antes de volarle el pie en mil pedazos.

Manuel creyó ver los intestinos de Tartalo escapándose por entre sus dedos. La vista se le nubló, sintió náuseas y se retiró mareado para apoyarse en el tronco del manzano.

«Vamos, inglesito, levántate y anda». Tartalo aguantaba un chaparrón de golpes, patadas y disparos. «¿Bailarás para nosotros?».

Ignacio comenzó a incomodarse ante la lluvia de ataques que caía sobre Tartalo. Observó su ojo cada vez más apagado, menos lleno de vida, y el puñal de la conciencia le atravesó el corazón.

«¿No vas a pedir ayuda a tu Reina?» Su cara no era ya más que un pellejo sembrado de cortes sangrantes. «No le echés tanto cuento, inglés, que no es para tanto». «Ja, ja, ja». «Ja, ja, ja». «Demonios, yo creía que los ingleses tenían sangre azul».

Un disparo certero abrió entonces un tercer ojo en la frente de Tartalo. Los disparos y las risas cesaron cuando los miembros de la partida volvieron la vista atrás. Manuel sostenía la bayoneta, todavía humeante, y apuntaba al lugar donde segundos antes Tartalo había conservado el último hálito de vida. Reinaba un silencio estremecedor. Era como si la guerra se hubiera detenido súbitamente, como si alguien hubiera pulsado un resorte y los hombres hubieran dejado de matarse los unos a los otros.



El primero que se acercó al cadáver del inglés fue Ignacio, que miraba sorprendido a su hermano con una mezcla de desprecio e incredulidad.

«¿Ha dejado de sufrir?», preguntó Manuel aproximándose al cuerpo inerte. Ignacio, visiblemente confuso, asintió tras tomarle el pulso. Manuel escrutó los rostros atónitos que le observaban y vomitó al pie del cadáver. Entonces soltó la bayoneta y echó a correr monte abajo. El silencio dio paso a un griterío que Manuel todavía pudo oír al alejarse varios metros del manzano quemado. El resorte de la guerra había sido activado de nuevo.

«¡Vaya con Manuel "el cobarde"! ¡Ha recuperado el valor de pronto! Ya es todo un hombrecito».

«¡Anda, Manuel, vuelve y tráele otro parche: por este tercer ojo tampoco puede ver! ¡Nunca pensé que un hombre con tres ojos pudiera ver tan poco!».

«¡Ja, ja, ja, ja!».

«¡Viva Carlos V! ¡Muera María Cristina!».

El chico siguió corriendo hasta que los vítores y las carcajadas grotescas sucumbieron al ruido de la artillería y la lluvia de balas. Un tiro alcanzó a Manuel y se llevó buena parte de su mano derecha, pero continuó agitando las piernas sin parar: el impacto del proyectil no le hacía daño. Lo que verdaderamente le dolía era haber incurrido en un acto de valentía tan cobarde como el asesinato.

Todo el mundo andaría buscándole entre los cadáveres amontonados en el campo de batalla. Manuel no había regresado a casa en toda la noche: se había cobijado bajo un dolmen y había luchado por desterrar de su cuerpo el frío que le provocaba la abundante pérdida de sangre. El pañuelo que había cubierto las heridas de Tartalo intentaba frenar ahora su hemorragia.

Bien entrada la mañana, encaminó sus pasos hacia "La cueva de Tartalo". A unos metros tan solo de la gruta, le pareció escuchar la melodía. ¿Era posible que Tartalo hubiera vuelto? La música sonaba igual que hacía dos días y, por un momento, Manuel se aferró, con ignorancia crédula, a esa esperanza que no había llegado a perder. Sin embargo, del sitio donde estaba Tartalo era muy difícil regresar. Esta vez no servirían de nada los ungüentos ni la brujería.

Al acercarse un poco más y ocultarse tras unos matorrales, su ilusión se evaporó. Sentado delante de la cueva, Ignacio hacía sonar la flauta. Vestía una casaca roja de soldado inglés. «Seguramente es la de Tartalo», pensó Manuel al tiempo que observó detenidamente a su hermano.

Ignacio lloraba, y lo hacía por un solo ojo: las lágrimas del otro las retenía el parche que tan sólo unas horas antes había pertenecido a Tartalo. Manuel nunca le había visto derramar una sola lágrima hasta ese momento; pero el caso es que Ignacio, el valiente Ignacio, lloraba.

Tras escuchar unos minutos aquella melodía repetitiva y hermosa a partes iguales, Manuel decidió no volver a casa. La absurda gallardía que había aflorado durante la batalla volvió a esconderse en lo más recóndito de su alma: no se atrevió a llamar la atención de Ignacio, ni siquiera le miró por última vez. Salió sigilosamente de detrás de los matorrales y entonces desapareció para siempre de aquel lugar fundiéndose con la niebla matinal.

Aquellos fueron días tan fatales como difíciles. Hoy la Historia se refiere al 15 de marzo de 1837 como la fecha de la sangrienta batalla de Oriamendi. Mientras le quedó algo de vida, Manuel la recordó como el día de la muerte de Tartalo.

En Altza. Febrero de 1999.



---

*I r u z k i n a* — *Lebenengo Karlistadan kokatuta, zebazki, "Oriamendiko Borroka" gisa ezagutu izan denaren inguruan bi anaia gaztetxoen irudimena eta errealtatea nabasten dira. Muga hori pasatzera behartuko dituen gudak dakarren heriotzari aurre egin beharra izango da, gizon eta heldu biburtzeko mina.*